

CRITICA.-

“LA CASAMENTERA”

Por SERGIO VODANOVIC

11/7/56

La obra presentada en la inauguración del Teatro Camilo Henríquez ha servido para que nuestro público vuelva a encontrarse con Thornton Wilder, el autor de “Nuestro Pueblo” y de aquella desconcertante comedia no representada aún en Chile, que es “La piel de nuestros dientes”, literal y poco afortunada traducción de “The skin of our teeth”. Para muchos espectadores, “La Casamentera”, por su fragilidad argumental y su aparente superficialidad, corresponderá a una obra menor del celebrado comediógrafo norteamericano.

Nosotros no lo estimamos así. Usando de recursos conocidos, tomando elementos empleados en vaudvilles tradicionales y en convencionales operetas, Thornton Wilder nos

ofrece una comedia fresca, dinámica y farsesca y, lo que es más, rebosante de humanidad. A Thornton Wilder no le preocupa hacer estornudar inoportunamente a sus personajes escondidos en roperos o bajo las mesas o juntar, separados por un discreto biombo a quienes están jugando la escondite en su trama argumental. Todos estos recursos que, por usados, parecerían vedados, tienen en Wilder una renovada frescura y alcanzan en su tratamiento, fino y espontáneo, el carácter de algo original. Es “La Casamentera” un claro ejemplo para el argumento que dice que no importa tanto la originalidad de lo que se presente en escena, sino la forma como el autor lo presente.

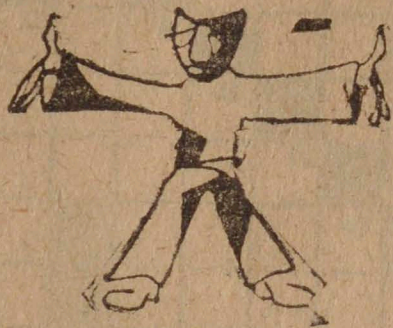
Demos un vistazo a esta aseveración.



Thornton Wilder no rehusa los convencionalismos escénicos sino, por el contrario, los afirma. A cada momento, la acción se detiene para que en una revitalización de los antiguos apartes, los personajes se dirijan al público y, en textos de hermoso contenido, comuniquen sus aflicciones, dudas y sentimientos.

No es de extrañar que esta comedia, en su primera versión, no tuviera éxito en los Estados Unidos y que luego de ser modificada en parte por su autor, conquistara el favor del público primero en Europa, y sólo después de esta alentadora experiencia, llegara triunfal hasta el codiciado Broadway. Es que Thornton Wilder en poco o nada se asemeja a sus colegas norteamericanos. Hay en él el claro acento europeo. En “La Casamentera” podemos emparentarlo a un Labiche en el rápido, casi frenético, accionar de sus personajes o a un Anouilh en el humor de sus comedias rosas. Sin embargo, digámoslo de inmediato, consideramos muy superior al norteamericano.

viven aventuras grotescas y suelen caer en el ridículo, son dignos de ser amados. En “La Casamentera” nos reímos de los desesperados afanes de Dolly Levi por querer casar a Vendergelder y del pronto descu-



brimiento que ella hace de que su técnica también puede servir para obtener un marido, pero, junto a esa risa, está la comprensión y simpatía a una mujer que, al enviudar, ha tenido que ejercer los más variados oficios y que sabe que en el dinero puede hallar, si no la felicidad, la tranquilidad y el descanso. Y así como sucede con Dolly Levi, otro tanto puede decirse de Cornelio Hackl, Barnaby Tucker, la señorita Van Huysen y cada uno de los personajes creados por Wilder.

Es necesario destacar e insistir en estos méritos de “La Casamentera” porque creemos advertir en nuestro público—guiados por una política teatral unilateral—una tendencia peligrosa a desestimar aquellas piezas que carecen de un manifiesto contenido ideológico o que tienen como base de sustentación el mero juego teatral y la confrontación de sentimientos.

Sin embargo, muchos de los méritos de “La Casamentera” no trascienden al público en la versión que nos ofrece el Teatro de Ensayo.

LA DIRECCION

La dirección de “La Casamentera” parece estar enfocada como una comedia realista, despreciándose el convencionalismo farsesco que la caracteriza. Esto da por resultado un ritmo lento

que perjudica notablemente a la obra. Ello se hace más claro en el primer acto que es el que predispone al público y en el que no se supo equilibrar la necesaria exposición argumental con las escenas llenas de legítimo humor. Fué éste—y no es ello de responsabilidad del autor—un lento y fatigoso que pesó decisivamente en los que le siguieron. A lo anterior, hay que agregar un errado concepto, en nuestro entender, de algunos personajes claves. Tal es el caso de la Sra. Dolly Levi, la casamentera, que aparece ante dos espectadores como una gran dama, refinada y sutil. Los antecedentes anotados en el mismo texto, desmienten esta versión. Dolly Levi es una mujer que ha realizado una vida de esfuerzos; cuando entrega su tarjeta de visita se lee en ella la más variadas profesiones y, al dirigirse a su difunto marido, en el monólogo del último acto, acusa nuevamente que lo que la guía es su necesidad de dinero y de escapar a la dura vida que hasta ahora ha llevado. No se compadecen estos antecedentes con la fina y medida interpretación de Ana González. La actriz, es cierto, luce su talento histriónico, pero al equivocar las característi-

que le resta. La forma como ella recibe las atenciones de su joven admirador—que ha confesado 33 años—su actitud forzosamente alegre en el restaurant, definen sus rasgos de mujer hermosa que sabe que está próxima a dejar de ser joven. Pues bien, la Sra. Molloy fué interpretada por William Thorud que, a pesar de sus esfuerzos, no pudo acercarse a este personaje. La traicionó, como necesariamente debía traicionarla, su indisimulable juventud. Cuando la Sra. Molloy le dice a Cornelio Hackl: “Ud. podría ser mi hijo”, nadie puede creer tal cosa.

En general, faltó en los intérpretes la espontaneidad y la gracia necesaria, para hacer resaltar los méritos de “La Casamentera”. Sólo Mario Hugo Sepúlveda y Charles Beccher en sus tiernas y graciosas protagonizaciones, supieron, en momentos, comunicar la exacta aleación de gracia y humanidad de la que está impregnada la obra de Wilder y que, curiosamente, se encuentra perfectamente delineada en la escenografía a cargo de Carlos Johnson.

LOS PERSONAJES

Mientras en Anouilh su humor suele tener un carácter ácido con sus grotescos perso-



najes decadentes, en Wilder siempre está presente un sano y directo amor a la humanidad. Sus personajes, si bien



cas de su personaje obliga a que varias escenas de la comedia no se entiendan en sus motivaciones.

En otro aspecto, la versión del Teatro de Ensayo pecó en la determinación del reparto. Así, por ejemplo, uno de los personajes más hermosos de la pieza, es sin duda, la Sra. Irene Molloy. Ella es una viuda que, en la madurez de su vida, siente el incitante deseo de aprovechar, aunque sea levemente, los años de juventud